



## EL SEÑOR DE LA MONTAÑA

No sabemos si se los publicarían, pero, de vivir hoy, Miguel de Montaigne haría lo posible para que sus escritos aparecieran en el periódico, en este mismo suplemento que tienes en las manos, por ejemplo. Y cualquier persona mínimamente formada podría leerlos con agrado. Acaban de aparecer sus *Ensayos* en una de esas pequeñas y modélicas editoriales españolas (Acantilado) que de vez en cuando acometen las tareas hercúleas que otras más grandes y poderosas maquinarias desestiman por ignorancia, por desprecio o por no garantizarse unas ganancias voraces (o, como suele suceder en tales casos, por una sabia combinación de estas tres cosas). La palabra ensayo, en un contexto literario, asusta a la gente, sin duda porque se imaginan algo aburrido, apelmazado y sin gracia, lo contrario de lo que son paradójicamente los de Miguel de Montaigne, en los que tienen cabida el relato, la poesía, la filosofía o la crónica, porque un buen ensayo es síntesis de lo mejor.

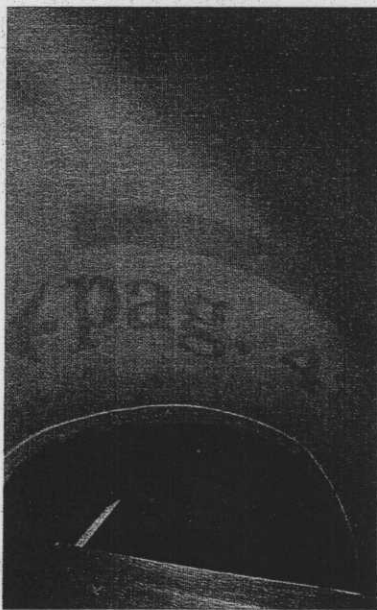
Un ensayo es, en cierto modo, una olla gitanas: se prepara con lo que se tiene a mano y el arte hace el resto para que resulte suculenta.

Decía Azorín que vivir es ver volver. Azorín fue durante tres cuartos de siglo en los periódicos españoles nuestro pequeño Montaigne. Se ha dicho también que nada es comparable a leer por vez primera algunos libros. Consideramos afortunados a quienes no han leído, por ejemplo, *La cartuja de Parma*, *Guerra y Paz* o *Fortunata*, porque aún podrán hacerlo. Pero no menos dichosos son los que pueden leerlos por segunda vez, ya que hallarán en ellos lo que habían olvidado o lo que ni siquiera sospechaban que dormía allí esperando su segunda visita. Pensaríamos incluso que hasta que no leamos por segunda vez algunos libros, no los habíamos leído. La vida es corta, sin embargo, y leer no es mirar un cuadro, ni siquiera oír un cuarteto o ver una película. Acuciándonos tantas novedades, la decisión de releer un libro es trascendente, sobre todo si éste es voluminoso: requiere no sólo un criterio ya formado, sino haber comprendido que los libros que cambiaron nuestras vi-

das tienen derecho a seguir formando parte de ella activamente.

Es el primer negocio pendiente de este año: releer a Montaigne igual que la primera vez, con tranco regular, de principio a fin. Por su naturaleza, puede uno compatibilizar estos ensayos, breves y versátiles, con otras muchas lecturas. En cierto modo se parecen mucho al paseo diario por el barrio: unos días es apresurado, otros puede uno demorarse viendo escaparates y a menudo nos lo interrumpen encuentros inesperados y felices. Como es sabido, Miguel, titular del señorío de la Montaña, desengañado de la vida pública, se retiró joven a su torre, en el campo, y allí se dedicó a pensar lo humano y

lo divino, como si crease de nuevo el mundo. Nos lo recuerda en la primera página: "Así, lector, soy yo mismo la materia de mi libro". Y aún añadió, antes de despedirse: "No es razonable que emplees tu tiempo en un asunto tan frívolo y tan vano. Adiós, pues". ¿Frívolo y vano? No lo creía ni él ni lo piense nadie. Pero nuestro señor de la Montaña sabía que la modestia, el humor y huir de la solemnidad es la cortesía de las más serias empresas del espíritu. O



EN LOS ENSAYOS DE MONTAIGNE TIENEN CABIDA EL RELATO, LA POESÍA, LA FILOSOFÍA O LA CRÓNICA